

el mundo, hasta con tu mujer—exclamó la señora Camusot.—Mira, te he creído tonto; pero hoy te admiro.

El magistrado se sonrió de ese modo que saben hacerlo únicamente los magistrados, los cuales tienen su sonrisa especial al igual que las bailarinas.

—Señora, ¿se puede entrar?—preguntó la camarera.

—¿Qué hay?—le dijo su ama.

—Señora, mientras que estaba usted ausente ha venido la primera camarera de la señora duquesa de Maufrigneuse á rogarle á la señora, de parte de su ama, que vaya al palacio de Cadiñán para un asunto urgente.

—Que retarden la hora de la comida—dijo la mujer del juez, recordando que aun esperaba para cobrar el cochero que la había llevado á casa.

Y acto continuo se puso el sombrero, subió al coche, y á los veinte minutos se hallaba en el palacio de Cadiñán. La señora Camusot, introducida en el palacio, permaneció diez minutos sola en el dormitorio de la duquesa, la cual se presentó deslumbradora, pues iba á Saint-Cloud invitada por la corte.

—Hijita, entre nosotras, basta con dos palabras.

—Sí, señora duquesa.

—Luciano de Rubempré está en la cárcel, su marido de usted es el juez instructor, y yo garantizo la inocencia del detenido: que le ponga en libertad antes de veinticuatro horas. No es esto todo. Hay una persona que desea ver mañana en secreto en la cárcel á Luciano; su marido de usted podrá estar presente, si quiere, pero sin dejarse ver... Ya sabe usted que yo soy fiel á los que me sirven. El rey espera mucho del valor de sus magistrados en las circunstancias graves en que va á verse pronto; yo ascenderé á su marido y lo recomendaré como hombre adicto al rey, aunque haya de exponer la cabeza. Camusot será primero consejero y luego primer presidente... Adiós... me esperan; usted me dispensará, ¿verdad? No sólo dará usted gusto al fiscal general, que no puede mostrarse parcial en este asunto, sino que le salva usted la vida á una mujer que se muere, á la señora de Serizy. No le faltarán apoyos... Vamos, ya ve usted mi confianza, y no necesito recomendarle... ¡ya sabe usted!

Y llevándose un dedo á los labios, desapareció.

—¡Y yo que no he podido decirle que la marquesa de

Espard desea ver á Luciano en el patíbulo!...—pensaba la mujer del magistrado al volver al coche.

La señora Camusot llegó á su casa en medio de una ansiedad tal, que el juez, al verla, le dijo:

—Amelia, ¿qué tienes?

—Estamos entre dos fuegos...

Y le contó su entrevista con la duquesa hablándole al oído á su marido; tanto temía que su camarera estuviese escuchando.

—¿Cuál de las dos es más poderosa?—preguntó al fin.—

La marquesa estuvo á punto de comprometerte en el estúpido asunto de su marido, mientras que á la duquesa se lo debemos todo. La una no hace más que promesas vagas, mientras que la otra me dijo: «Será consejero y después primer presidente». Dios me libre de darte consejos, porque no quiero mezclarme en tus asuntos; pero me creo en el deber de relatarte lo ocurrido y lo que se prepara.

—Amelia, tú no sabes lo que me ha enviado esta mañana el prefecto de policía... y ¡por quién!... por uno de los hombres más importantes de la policía general del reino, el Bibi-Lupin de la política, que llegó á decirme que el Estado tenía intereses secretos en este proceso. Comamos y vayámonos á Varietés. Esta noche hablaremos de todo esto, pues necesito de tu inteligencia, porque la del juez no basta.

Las nueve décimas partes de los magistrados negarán la influencia de la mujer sobre el marido en circunstancias análogas; pero si es ésta una de las mayores excepciones sociales, advertimos que es cierta aunque accidental. El magistrado es como el sacerdote: en París sobre todo, donde reside la flor de la magistratura, el magistrado habla raras veces de los asuntos de su ministerio, á menos que no estén ya juzgados. Las mujeres de los magistrados no sólo simulan no saber nada, sino que todas comprenden que perjudicarían á sus maridos si dejasen ver que saben algo, cuando lo saben. Sin embargo, en las grandes ocasiones en que se trata de un ascenso según sea la decisión, muchas mujeres han asistido, como Amelia, á la deliberación del magistrado. En fin, estas excepciones, tanto más negables cuanto que suelen quedar ignoradas, dependen por completo del modo cómo se realiza en el seno del hogar la lucha entre dos caracteres, y la señora Camusot dominaba por completo á su marido. Cuando todo el mundo dormía en la casa, el

magistrado y su mujer se sentaron ante la mesa en que el juez tenía ya clasificados los documentos del proceso.

—He aquí las notas que me ha entregado el prefecto de policía, á instancia mía—dijo Camusot.

«EL ABATE CARLOS HERRERA

»Este individuo es indudablemente el llamado Jacobo Collín, apodado Burla-la Muerte, cuyo arresto último data del año 1819, y fué efectuado en el domicilio de una tal señora Vauquer, donde vivía oculto con el nombre de Vautrín.»

Al margen se leía, de letra del prefecto:

«Se ha transmitido al jefe de seguridad Bibi Lupin una orden telegráfica para que venga inmediatamente á efectuar la identificación, pues conoce personalmente á Jacobo Collín por haberlo detenido en 1819, con el concurso de una tal señorita Michonneau.»

«Los huéspedes que vivían en la casa Vauquer existen aún y pueden ser citados para la identificación.

»El titulado Carlos Herrera es el amigo íntimo, el consejero del señor Luciano de Rubempré, á quien ha dado, durante tres años, sumas considerables que provenían evidentemente del robo.

»Si se establece la identidad del supuesto español y de Jacobo Collín, esta solidaridad será la condena del señor de Rubempré.

»La muerte repentina del agente Peyrade fué debida á un envenenamiento consumado por Jacobo Collín, por Rubempré ó por sus secuaces. La razón de este asesinato obedece á que el agente les seguía la pista á estos dos criminales.»

Al margen, el magistrado le enseñó á su mujer esta frase escrita por el propio prefecto:

«De esto tengo yo conocimiento personal, y abrigo la certeza de que el señor Luciano de Rubempré se burló indignamente de Su Señoría el conde de Serizy y del señor fiscal general.»

—¿Qué me dices de esto, Amelia?

—¡Es espantoso!—respondió la joven esposa.—¡Acabal

«La sustitución del sacerdote español por el forzado Collín es el resultado de algún crimen cometido con más habilidad que aquel á favor del cual Cogniard se convirtió en conde de Saint-Helene.»

«LUCIANO DE RUBEMPRÉ

»Luciano Chardón, hijo de un boticario de Angulema, y cuya madre es una Rubempré, debe á una R. O. el derecho de llevar el nombre de Rubempré. Esa R. O. fué concedida á instancia de la señora duquesa de Maufrigneuse y del señor conde de Serizy.

»En 182... ese joven había venido á París sin ningún medio de existencia, en compañía de la señora Sixto del Chatelet, señora de Bargetón entonces, prima de la señora de Espard.

»Ingrato para con la señora de Bargetón, había vivido maritalmente con una tal Coralia, actriz del Gimnasio, que falleció y que dejó por él al señor Camusot, tratante en sedas de la calle de los Bourdonnais.

»Caído en la miseria por los escasos recursos que le procuraba aquella actriz, comprometió gravemente á su honrado cuñado, impresor de Angulema, emitiendo letras falsas por cuyo pago fué detenido David Sechard, durante una corta estancia del referido Luciano en Angulema.

»Este asunto determinó la huida de Rubempré, el cual reapareció de pronto en París con el abate Carlos Herrera.

»Sin medios conocidos de vida, Luciano gastó, por término medio, durante los tres primeros años de su estancia en París, unos trescientos mil francos que sólo pudo sacar del titulado abate Carlos Herrera, aunque se ignora con qué motivo.

»Además, ha empleado recientemente más de un millón en la compra de la tierra de Rubempré para obedecer á una condición impuesta para su casamiento con la señorita Clotilde de Grandlieu. La ruptura de este casamiento depende de que la familia Grandlieu, á quien Luciano había dicho que su hermana y su cuñado le habían prestado aquellas sumas, tomó informes de los respetables esposos Sechard, por medio del procurador Derville, y aquéllos no sólo ignoraban las adquisiciones hechas por Luciano, sino que le creían excesivamente empeñado.

»Por otra parte, la herencia que han tenido los esposos »Sechard consiste en inmuebles, y, según su declaración, el »dinero contante apenas ascendía á doscientos mil francos.

»Luciano vivía secretamente con Ester Gobseck; es indudable, pues, que todas las dádivas del barón de Nucingen, »protector de aquella señorita, han ido á parar á manos de »Luciano.

»Luciano y su compañero el forzado han podido sostenerse más tiempo que Cogniard enfrente del mundo, porque explotaban los recursos de la prostitución de la dicha »Ester, muchacha inscrita en el registro de prostitutas.»

A pesar de la repetición que supone esta nota en el relato del drama, se hacía necesario transcribirla textualmente para que se vea el papel de la policía. Como se ha podido ver ya en la nota pedida acerca de Peyrade, la policía lleva unos registros exactos casi siempre sobre todas las familias y sobre todos los individuos cuya vida es sospechosa y cuyas acciones son reprobables. La policía no ignora nada de todo lo que sea extravió. Ese mamotreto universal, balance de las conciencias, es tan bien llevado como el del Banco de Francia acerca de todas las fortunas. Del mismo modo que el Banco anota los más ligeros atrasos en cuestiones de pago, calcula todos los créditos y vigila las operaciones, así la policía estima la honradez de los ciudadanos. En esto, como en la Administración de Justicia, el inocente no tiene nada que temer, porque la acción del policía sólo atañe á las faltas. Por muy encopetada que sea una familia, no podrá nunca librarse de esta providencia provisional. Por lo demás, la discreción iguala á la extensión de su poder. Esa inmensa cantidad de juicios verbales hechos por los comisarios de policía, informes, notas, registros, ese océano de datos, duerme inmóvil, profundo y tranquilo como el mar. Que un accidente estalle, que el delito ó el crimen surjan, y la justicia llama á la policía, é inmediatamente, si existe un registro acerca de los inculpados, se da conocimiento de él al juez. Esos registros, en los cuales se analizan los antecedentes, no son más que informes que mueren dentro de las paredes de la Comisaría y del Palacio de Justicia, pues ésta no puede hacer uso legal y sí únicamente instruirse con ellos. Aquellos datos dan siempre la razón á los crímenes, pero una razón que permanece inédita. Ningún jurado los creería, y el país entero

se sublevaría de indignación si los datos policíacos se hicieran públicos en el juicio oral. Aquello es la verdad condeñada á permanecer para siempre en un pozo. Después de doce años de ejercicio en París, no hay magistrado que no sepa que los jueces y la policía ocultan la mitad de esas infamias, que son como el lecho en que se ha inmolado el crimen. Si el público pudiese conocer hasta dónde llega la discreción de la policía que tiene memoria, reverenciaria á esos buenos funcionarios. Se cree á la policía astuta, maquiavélica, cuando, en realidad, es excesivamente benigna. Únicamente que se limita á escuchar las pasiones en su paroxismo, recibe las delaciones y conserva todas sus notas. Lo que ella hace por la justicia, lo hace también por la política. Pero en política es tan cruel, tan parcial como la difunta Inquisición.

—Dejemos esto—dijo el juez colocando las notas en una carpeta;—este es un secreto entre la policía y la justicia: el juez verá lo que vale; pero los señores Camusot no han sabido nunca nada.

—¿Necesitas repetirme eso?—dijo la señora Camusot.

—Luciano es culpable—replicó el juez;—pero ¿de qué?

—Un hombre amado por la duquesa de Maufrigneuse, por la condesa de Serizy y por Clotilde de Grandlieu, no es culpable—respondió Amelia;—el otro debe haberlo hecho todo.

—¡Pero Luciano es su cómplice!—exclamó Camusot.

—¿Quieres creerme?—le dijo Amelia.—Entrega á ese sacerdote á la diplomacia, declara inocente á ese miserable, y busca otros culpables.

—¡Tú lo arreglas todo en seguida!—respondió el juez sonriendo.—Las mujeres van á su objeto, pisoteando las leyes, como los pájaros á través del aire.

—Pero, diplomático ó forzado, el abate Carlos seguramente que apelará á algún testimonio para salir del paso—repuso Amelia.

—Yo soy un gorro y tú la cabeza—le dijo Camusot á su mujer.

—Pues bien, basta de deliberación; ven á abrazar á tu Amelia, que es la una.

Y la señora Camusot fué á acostarse dejando á su marido para que ordenase sus papeles y sus ideas para los interrogatorios que les tenía que hacer al día siguiente á los dos procesados.

Mientras que los coches celulares llevaban á Jacobo Collín y á Luciano á la Conserjería, el juez de instrucción, después de haber almorzado, atraviesa París á pie, según la sencillez de costumbres adoptada por los magistrados parisienses, para acudir á su despacho donde lo tienen todo preparado en la siguiente forma.

Todos los jueces de instrucción tienen su escribano, especie de secretario judicial juramentado, cuya raza se perpetúa sin primas, y produce excelentes sujetos en los cuales el mutismo es natural y absoluto. Desde el origen de los parlamentos hasta hoy se desconoce en las Audiencias el ejemplo de una indiscreción cometida por los escribanos de las instrucciones judiciales. Gentil vendió la absolución dada á Semblançay por Luisa de Saboya, un oficial de guerra le vendió á Czernichef el plan de la campaña de Rusia; todos estos traidores eran más ó menos ricos. Las perspectivas de una colocación en la Audiencia, la de un escribano, la conciencia del oficio, bastan para hacer al escribano de un juez de instrucción el rival feliz de la tumba, pues la tumba es indiscreta desde que la quémica ha progresado. Ese empleado es la pluma misma del juez. Muchos comprenderán que se sea el árbol de la máquina, y se preguntarán cómo puede uno avenirse á ser únicamente una rueda. El escribano de Camusot, joven de veintidós años, llamado Coquart, habla ido por la mañana á buscar todos los documentos y notas del juez, y lo había preparado todo en el despacho cuando el magistrado iba callejeando por los muelles, mirando las tiendas y preguntándose á sí mismo:

—¿Cómo arreglarse uno con un mozo como Jacobo Collín, suponiendo que sea él? El jefe de seguridad lo reconocerá, y yo tengo que fingir que cumplo con mi deber, aunque sólo sea por la policía. Veo tantas imposibilidades, que lo mejor sería decirselo todo á la marquesa y á la duquesa y enseñarles las notas de la policía, con lo cual vengaría á mi padre, que fué privado de Coralía por Luciano... Al mismo tiempo, si descubro á esos grandes criminales, fomentaré mi fama, y Luciano se verá pronto abandonado de todos sus amigos. Vamos, el interrogatorio lo decidirá.

Camusot entró en casa de un comerciante de curiosidades, llevado por un reloj de Boule.

—No cargar mi conciencia y servir á esas dos damas: he aquí la habilidad—pensaba.—Toma, ¿usted también por

aquí, señor fiscal?—dijo Camusot en voz alta.—¡También busca usted medallas!...

—Si es la afición de casi todos los curiales, á causa de los reversos—respondió el conde de Granville riéndose.

Y después de haber mirado la tienda durante unos instantes cual si acabase su inspección, se llevó á Camusot á lo largo del muelle, sin que Camusot pudiese atribuir aquel encuentro más que á la casualidad.

—Hoy tendrá usted que interrogar al señor de Rubempré—dijo el fiscal;—pobre joven; yo le quería de veras.

—Hay muchos cargos contra él—dijo Camusot.

—Sí, he visto las notas de la policía; pero son debidas, en parte, á un agente que no depende de la Prefectura, al famoso Corentín, un hombre que ha hecho que le cortasen el cuello á más inocentes que culpables enviará usted al patíbulo en toda su vida... Pero ese pillastre está fuera de nuestro alcance. Sin querer influir ni ejercer presión sobre un magistrado como usted, no puedo menos de advertirle que si pudiese usted adquirir la convicción de la ignorancia de Luciano respecto al testamento de esa joven, resultaría que no tendría ningún interés en su muerte, pues la muchacha le daba muchísimo dinero.

—Tenemos la seguridad de su ausencia durante el envenamiento de esa Ester—dijo Camusot.—Luciano acechaba en Fontainebleau el paso de la señorita de Grandlieu y de la duquesa de Lenoncourt.

—¡Oh!—contestó el fiscal general—tenía tales esperanzas de casarse con la señorita de Grandlieu, según me dijo á mí la propia duquesa de Grandlieu, que me parece imposible que un muchacho de tanto talento fuese á comprometerlo todo por un crimen inútil.

—Sí—dijo Camusot,—sobre todo si esa Ester le daba todo lo que ganaba...

—Derville y Nucingen dicen que murió ignorando la herencia que había tenido hacia poco—añadió el fiscal.

—Pero, entonces, ¿qué cree usted que ha sido eso?—preguntó Camusot—porque aquí hay algo.

—Creo que el crimen fué cometido por los criados—respondió el fiscal general.

—Desgraciadamente—advirtió Camusot,—es muy propio del modo de obrar de Jacobo Collín, pues no hay duda que ese sacerdote español no es otro más que el forzado eva-

dido, eso de coger los setecientos cincuenta mil francos producidos por la venta de la inscripción de la renta al tres por ciento que regaló Nucingen.

—Mi querido Camusot, usted lo apreciará todo con prudencia. El abate Carlos Herrera está agregado á la diplomacia... aunque es verdad que un embajador que cometiese un crimen no se salvaría por ser embajador. ¿Es ó no es el abate Carlos Herrera? esta es la cuestión más importante.

Y el señor de Granville saludó como hombre que no espera respuesta.

—¿También él quiere salvar á Luciano?—pensó Camusot encaminándose hacia el muelle de las Lunettes, mientras que el fiscal entraba en la Audiencia por el patio de Harlay.

Al llegar al patio de la Conserjería, Camusot entró en el cuarto del director de aquella cárcel y lo llamó aparte.

—Señor, hágame el favor de ir á la Force á preguntarle á su colega de usted si tiene allí por casualidad algún forzado que haya vivido, de 1810 á 1815, en el presidio de Tolón, y vea también si tiene usted aquí alguno. Haremos trasladar á los de la Force aquí por algunos días, y ya me dirá usted si reconocen á Jacobo Collín, apodado Burla-la-Muerte, en el supuesto cura español.

—No hace falta, señor Camusot, porque ha llegado ya Bibi-Lupín.

—¡Ah!—exclamó el juez.

—Estaba en Melún. Le han dicho que se trataba de Burla-la-Muerte, se ha sonreído de placer y espera sus órdenes.

—Dígale que venga.

El director de la Conserjería pudo entonces presentar al juez de instrucción el informe relativo á Jacobo Collín, describiéndole el deplorable estado en que se hallaba.

—Tenía intención de interrogarle en primer término—respondió el magistrado;—pero no á causa de su salud. Esta mañana he recibido una nota del director de la Force, y, según me dicen en ella, ese mozo, que parecía hallarse en la agonía desde hace veinticuatro horas, ha dormido tan bien, que han entrado en su calabozo sin que él haya oído siquiera al médico y al director que le acompañaba. El médico no le ha tomado siquiera el pulso y lo ha dejado dormir, lo cual prueba que su conciencia estaba tranquila y que su salud es buena. Voy á simular que creo en esa enfermedad para es-

tudiar el modo de ser de ese hombre—dijo el señor Camusot sonriendo.

—Con los procesados y los acusados, todos los días se aprenden cosas nuevas—advirtió el director de la Conserjería.

La Prefectura de policía se comunica con la Conserjería, y los magistrados, al igual que el director de la cárcel, pueden trasladarse á ella con excesiva prontitud. Así se explica la facilidad asombrosa con que el ministerio público y los presidentes pueden obtener informes. Cuando el señor Camusot estuvo en lo alto de la escalera que conducía á su despacho, halló á Bibi-Lupín que se había trasladado allí por la sala de los Pasos Perdidos.

—¡Qué celo!—le dijo el juez sonriéndose.

—¡Ah! si es él, ya verá usted qué terrible danza se prepara, á pocos que sean los forzados que aquí haya—respondió el jefe de seguridad.

—¿Y por qué?

—Burla-la-Muerte se ha comido los fondos, y yo sé que han jurado exterminarle.

Bibi-Lupín se refería al tesoro que le había sido confiado veinte años antes á Burla-la-Muerte y que había sido disipado por Luciano, como sabemos ya.

—¿Podría usted hallar testigos de su último arresto?

—Deme dos citaciones, y hoy mismo le traeré dos testigos.

—Coquart—dijo el juez quitándose los guantes y poniendo el sombrero y el bastón en un rincón,—llene usted las dos citaciones que le indicará el señor.

El juez se miró en el espejo de la chimenea, sobre la cual había, en lugar de reloj, una palangana y un cubo de agua; á un lado una jarra llena de agua y un vaso, y al otro un quinqué. El juez llamó, y á los pocos momentos se presentó el alguacil.

—¿Hay ya gente?—le preguntó al alguacil encargado de recibir á los testigos, de examinar las citaciones y de colocarlos en orden.

—Sí, señor.

—Tome los nombres de las personas que se han presentado, y tráigamelos.

Los jueces de instrucción, que tienen que aprovechar mucho el tiempo, se ven obligados á veces á hacer varias instrucciones á la vez. Tal es la razón de las largas espe-

ras que tienen que hacer los testigos llamados á la pieza en que están los alguaciles y donde suena la campanilla del juez-instructor.

—Después vaya usted á buscar al abate Carlos Herrera—le dijo Camusot al alguacil.

—¡Ah! sí, ya me han dicho que se ha disfrazado de cura español. ¡Bah! eso es copiado de Collet, señor Camusot—exclamó el jefe de seguridad.

—No hay nada nuevo—respondió Camusot firmando dos de aquellas citaciones que impresionan á todo el mundo, hasta á los más inocentes testigos, que tienen que comparecer so pena de severo castigo.

En este momento, Jacobo Collín, que había terminado ya desde hacía media hora su profunda deliberación, estaba sobre las armas. Nada puede acabar de pintar mejor aquella figura del pueblo rebelado contra las leyes, que las pocas líneas que había trazado en aquellos papeles grasientos.

El sentido del primero, que estaba escrito en el lenguaje convenido entre Asia y él, la cifra aplicada á la idea, era el siguiente:

«Vete á casa de la duquesa de Maufrigneuse ó de la señora de Serizy, y que una de las dos vea á Luciano antes del interrogatorio y le dé á leer el papel adjunto. En fin, es preciso hallar á nuestros dos ladrones para que se dispongan á representar el papel que yo les indicaré.»

«Corre á casa de Rastignac y dile, de parte de aquel que le habló en el baile de la Ópera, que venga á declarar que el abate Carlos Herrera no se parece en nada al Jacobo Collín dotenido en casa de la Vauquer.»

«Obtén una cosa análoga del doctor Bianchón.»

«Para lograr esto, hacer trabajar á las dos mujeres de Luciano.»

En el papel incluido se leía en buen francés:

«Luciano, no confieses nada. Yo debo ser para ti el abate Carlos Herrera. Esto será no sólo tu justificación, sino también tu honor salvo y la posesión de siete millones.»

Estos dos papeles, pegados del lado de la escritura, de modo que pareciesen un fragmento de la misma hoja, fueron enrollados con un arte peculiar á los que han soñado en un

presidio con el medio de ser libres, tomando la forma de una bola.

—Si soy llamado á declarar antes que Luciano, estamos salvados; pero si le llaman á él, se habrá perdido todo—se dijo el forzado esperando.

Aquel momento era tan decisivo, que el hombre tenía el rostro cubierto por un sudor frío. Aquel ser prodigioso adivinaba la verdad en su esfera del crimen, como Moliere en su esfera de la poesía dramática y Cuvier en la de las creaciones desaparecidas. El genio es en todo una intuición. Por encima de este fenómeno, el resto de las obras notables se debe al talento. En esto consiste la diferencia que separa á las gentes del primer orden de las gentes del segundo. El crimen tiene sus hombres de genio. Jacobo Collín, en aquel trance apurado, se encontraba con la señora Camusot, la ambiciosa, y con la señora de Serizy, cuyo amor se despertó ante el golpe terrible de la catástrofe que anulaba á Luciano. Tal era el supremo esfuerzo de la inteligencia humana contra la armadura de acero de la justicia.

Al oír el chirrido de los cerrojos al ser descerrados, Jacobo Collín recobró su máscara de moribundo, ayudado por la embriagadora sensación de placer que le causó el ruido de los pasos del carcelero en el corredor. Él ignoraba por qué medios llegaría Asia hasta él; pero tenía la seguridad de que la hallaría á su paso, sobre todo después de la promesa que había recibido en el arco de Saint-Jean.

Después de aquel feliz encuentro, Asia se había ido á la Greve. En 1830, el nombre de la Greve tenía un sentido diferente del de hoy. Toda la parte del muelle, desde el puente de Arcola hasta el puente Luis Felipe, era entonces tal como lo había hecho la naturaleza, á excepción de la vía enlosada que formaba pendiente. En aquel muelle, los pisos bajos estaban todos elevados algunos escalones. Cuando el agua lamía el pie de las casas, los coches tomaban la horrible calle de la Mortellerie, destruída hoy por completo para agrandar la casa de la villa. Le fué fácil, pues, á la tendera empujar al carrito por el muelle y ocultarlo hasta que la verdadera tendera fué á unírsele en el lugar convenido para hacerse cargo del carretón prestado. En aquel momento acababan el ensanche del muelle Pelletier, la entrada de la cantera estaba vigilada y la carreta confiada á sus cuidados no corría riesgo ninguno.

Inmediatamente Asia tomó un coche en la plaza del Hotel de la Villa y le dijo al cochero:

—¡Al Temple! y aprisa, que habrá propina.

Una mujer vestida como iba Asia podía perderse en el vasto mercado en que se amontonan todos los andrajos de París, donde pululan mil tenderas ambulantes y donde charlan doscientas vendedoras, sin excitar la menor curiosidad. Apenas acababan de ser encerrados los dos procesados, cuando ella se mudaba de ropa en un entresuelo de esos que se dedican al tráfico de ropa usada y que era propiedad de la vieja solterona Rónima, abreviatura de Gerónima.

—Hija mía—dijo Asia,—vengo á acicalarme. Tengo que parecer lo menos una baronesa del arrabal Saint-Germain. Y dese prisa, porque tengo los pies llenos de barro. Ya sabes lo que me sienta mejor. Vamos, vamos, pronto; venga de lo mejor, y envía á la pequeña á buscar un coche.

—Sí, señora, en seguida—respondió la solterona con una sumisión y una humildad propia de esclava.

Si esta escena hubiese tenido testigos, hubiese sido fácil notar que la mujer oculta bajo el nombre de Asia estaba en su casa.

—¡Me proponen la compra de diamantes!—dijo Rónima mientras peinaba á Asia.

—¿Son robados?

—Así lo creo.

—Entonces, hija mía, por grande que sea el provecho, es preciso privarse de ellos. Durante algún tiempo nos conviene evitar conflictos.

Ahora ya se comprenderá cómo pudo hallarse Asia en la sala de los Pasos Perdidos del Palacio de Justicia, con una citación en la mano, á través de los corredores y de las escaleras que conducen al despacho de los jueces, preguntando por el señor Camusot, un cuarto de hora antes de la llegada del juez.

Asia no se parecía ya á sí misma. Después de haberse lavado la cara de vieja, como pudiera hacerlo una actriz, y de haberse pintado de nuevo, se había puesto una hermosa peluca rubia. Vestida enteramente lo mismo que una dama del arrabal Saint-Germain que busca á su perro perdido, parecía tener cuarenta años, pues se había ocultado la cara bajo un magnífico velo de encaje negro. Un corsé muy

apretado comprimía su talle de cocinera. Muy bien enguantada, exhalaba un fuerte olor á perfumes. Jugueteando con un saco con montura de oro, compartía su atención entre las paredes del edificio que recorría por primera vez y el cordón de un perrito faldero. Semejante viuda noble no tardó en llamar la atención de los curiales que llenaban las oficinas.

Además de los abogados sin pleitos que limpian aquellos lugares con su toga y que llaman á los grandes abogados por su nombre de pila, al igual que los grandes señores entre sí, para que se crea que pertenecen á la aristocracia de la clase, se ve á veces allí otra porción de aspirantes á los distintos cargos de la curia. Sería, á decir verdad, una descripción curiosa la de las diferencias que existen entre cada una de las togas que se pasean por aquellas salas, de tres en tres, y á veces de cuatro en cuatro, produciendo con sus conversaciones un inmenso murmullo que resuena en aquella sala. Asia había contado con los callejeros del Palacio; se reía para sus adentros de algunos dichos que oía, y acabó por llamar la atención de Massol, joven pasante que creyó conveniente ofrecer sus servicios á una mujer tan bien perfumada y tan ricamente vestida.

Asia atipló la voz para decirle á aquel atento señor que acudía á una citación de un juez llamado Camusot.

—¡Ah! para el asunto Rubempré.

El proceso tenía ya su nombre.

—¡Ah! pero no es á mí á quien se cita, sino á mi camarera, una joven que se llama Europa, que me estuvo sirviendo veinticuatro horas, y que huyó al ver que mi criado recibía esta citación.

Y acto continuo, como todas las viejas que se pasan la vida charlando al amor del fuego, la viuda noble hizo paréntesis, contó sus desgracias con su primer marido, que era uno de los directores de la Caja territorial, consultó al joven abogado acerca de si debía entablar un pleito con su yerno, el conde de Gross-Narp, que hacía á su hija muy desgraciada, y de si la ley le permitía disponer de su fortuna. A pesar de sus esfuerzos, Massol no podía adivinar si la citación era para el ama ó para la criada. En el primer momento, se había contentado con dirigirle una mirada á aquel documento judicial, cuyos ejemplares son tan conocidos porque, para mayor facilidad, están impresos y los escri-

banos no tienen más que llenar los huecos con los nombres y el domicilio de los testigos, la hora de la comparecencia, etc. Asia pedía explicaciones acerca de aquella casa, que le era más conocida de lo que pudiera serle al pasante, y acabó por preguntarle á qué hora iba aquel señor Camusot.

—Generalmente, los jueces de instrucción empiezan los interrogatorios á eso de las diez.

—Son las diez menos cuarto—dijo Asia mirando un relojito de oro, una verdadera obra maestra que le hizo pensar á Massol en lo muy caprichosa que era la fortuna.

En este momento, Asia había llegado á aquella sala obscura que daba al patio de la Conserjería donde suelen estar los alguaciles, y al ver el postigo á través de una ventana, preguntó:

—¿De dónde son esos muros?

—De la Conserjería.

—¡Ah! ¿es esa la Conserjería donde nuestra pobre reina...? ¡Oh! ¡cuánto me gustaría ver su calabozo!

—Señora baronesa, es imposible—respondió el abogado, que daba el brazo á la viuda;—es preciso obtener un permiso especial, y ese permiso no se logra fácilmente.

—Me han dicho que Luis XVIII había hecho, él mismo, en latín, la inscripción que se ve en el calabozo de María Antonieta.

—Sí, señora baronesa.

—Quisiera saber latín para estudiar las palabras de esa inscripción. ¿Cree usted que el señor Camusot podrá darme permiso?

—Eso no es cosa de él; pero puede acompañarla á usted.

—¿Y los interrogatorios que tiene que hacer?

—¡Oh! los procesados ya esperarán—respondió Massol.

—¡Toma! ¿es verdad! ¿son procesados!—respondió sencillamente Asia.—Pero yo conozco al señor de Granville, el fiscal general.

Esta exclamación produjo un efecto mágico en los alguaciles y en el abogado.

—¡Ah! ¿conoce usted al señor fiscal!—dijo Massol, que pensaba preguntar el nombre y dirección de la *cliente* que la casualidad le procuraba.

—Lo veo con frecuencia en casa de su amigo el señor de Serizy. La señora de Serizy es parienta mía por los Ronquerolles.

—Si la señora quiere bajar á la Conserjería—dijo un alguacil,—yo...

—Sí—dijo Massol.

Y los alguaciles dejaron bajar al abogado y á la baronesa, los cuales no tardaron en hallarse en el cuerpo de guardia que está al pie de la escalera de la Ratonera, local que conocía perfectamente Asia, y que forma un punto de observación por el que todo el mundo tiene que pasar, entre la Ratonera y el sexto cuarto.

—Pregúntele á esos señores si ha venido ya el señor Camusot—dijo Asia mirando á los gendarmes que jugaban á las cartas.

—Sí, señora, acaba de subir de la Ratonera.

—¡La Ratonera!—repitió la viuda—¿qué es eso? ¡Oh! ¡qué tonta he sido en no dirigirme directamente al conde de Granville!... Ahora ya no tengo tiempo... Señor, lléveme á ver al señor Camusot antes de que esté ocupado.

—¡Oh! señora, tiene usted tiempo sobrado para ver al señor Camusot—dijo Massol.—Entregándole una tarjeta por medio del alguacil, le evitará la molestia de hacer antesala con los testigos... Aquí siempre se le guardan consideraciones á las señoras como usted. ¿Lleva usted tarjetas?

En este momento, Asia y su abogado se hallaban precisamente enfrente de la ventana del cuerpo de guardia desde donde los gendarmes pueden ver el movimiento del postigo de la Conserjería. Los gendarmes, educados en el respeto á la viuda y al huérfano y conocedores de los privilegios de la toga, toleraron por algunos instantes la presencia de una baronesa acompañada de un abogado. Asia se dejaba contar por el joven abogado todas las cosas horribles que un abogado puede decir acerca de la cárcel. La viuda se negó á creer que se les cortase el pelo á los condenados á muerte detrás de aquellas rejas que veía; pero el sargento se lo confirmó.

—¡Cuánto me gustaría ver eso!

Y permaneció allí charlando con el sargento y con el abogado hasta que vio á Jacobo Collin sostenido por dos gendarmes y precedido del alguacil del señor Camusot.

—¡Ah! allí veo al capellán de la cárcel que viene, sin duda, de preparar á algún desgraciado.

—No, no, señora baronesa, es un procesado que va á declarar—respondió el gendarme.

—¿Y de qué le acusan?

—Está complicado en ese asunto del envenenamiento.

—¡Oh! ¡me gustaría verlo!

—Señora, no puede usted permanecer aquí, porque está incomunicado y va á atravesar ahora nuestro cuerpo de guardia—le dijo el sargento.—Mire, señora, aquella puerta da á la escalera.

—Gracias, señor sargento—dijo la baronesa dirigiéndose á la puerta desde la cual exclamó:—Pero ¿dónde estoy?

Este grito, que no tenía más objeto que llamar la atención del forzado, llegó á oídos de Jacobo Collín. El sargento corrió detrás de la señora baronesa, la cogió por la cintura y la transportó como una pluma en medio de cinco gendarmes que se habían levantado como un solo hombre, porque, en aquel cuerpo de guardia, se desconfía de todo.

El acto era arbitrario, si se quiere, pero necesario, y el abogado mismo temió tanto comprometerse, que lanzó dos exclamaciones de «¡Señora! ¡señora!» que denotaron su espanto.

El cura Carlos Herrera, casi desmayado, se sentó en una silla en el cuerpo de guardia.

—¡Pobre hombre!—dijo la baronesa.

Estas palabras, aunque fueron pronunciadas al oído del joven abogado, no dejaron de ser oídas por todo el mundo, pues reinaba allí un silencio sepulcral. Algunas personas privilegiadas obtienen á veces permiso para ver á los criminales famosos mientras que atraviesan aquel cuerpo de guardia ó cuando pasan por los corredores; de manera que el alguacil y los gendarmes que llevaban á Carlos Herrera no dieron señal ninguna de sorpresa. Por otra parte, gracias al celo del sargento que había cogido á la baronesa en brazos, existía un espacio bastante grande entre aquélla y el procesado para impedir toda comunicación.

—¡Vamos!—dijo Jacobo Collín haciendo un esfuerzo.

En aquel momento la bolita cayó de su manga y fué vista por la baronesa, que lo observaba con la mayor atención. Húmeda y grasienta, la bolita no había rodado, pues esta circunstancia de que no rodase había sido prevista por Jacobo Collín. Cuando el procesado estuvo en lo alto de la escalera, Asia dejó caer con naturalidad el saquito que llevaba y lo recogió en seguida; pero al agacharse se apoderó también de la bolita.

—¡Ah! esto me ha emocionado de veras... el pobre está moribundo.

—¡Oh! lo parece—contestó el sargento.

—Señor—dijo Asia al abogado,—lléveme en seguida á junto el señor Camusot, pues yo vengo para ese mismo proceso y tal vez quiera él verme antes de interrogar al pobre cura.

El abogado y la baronesa dejaron el cuerpo de guardia; pero cuando estuvieron en lo alto de la escalera, Asia exclamó:

—¡Y mi perro!... ¡Oh! señor, ¡mi pobre perro!...

Y echó á correr como una loca á través de las galerías, preguntando á todo el mundo por su perro. Al llegar á la galería común, corrió hacia una escalera, diciendo:

—¡Allí está!

Aquella escalera era la que conducía al patio de Harlay, y, una vez representada la comedia, Asia tomó uno de los coches que había en el muelle de Orfevres y desapareció con la citación de Europa, cuyos nombres verdaderos eran ignorados por la policía y por la justicia.

—¡Calle Neuve-Saint-Marc!—le gritó al cochero.

Asia podía contar con la inviolable discreción de una tendera de ropas viejas llamada Nourrisson, conocida también por el nombre de la señora Saint Esteve, la cual le prestaba no sólo su nombre, sino también su tienda, aquella tienda donde Nucingen había regateado la entrega de Ester. Asia estaba allí como en su casa, pues ocupaba un cuarto en el alojamiento de la señora Nourrisson; así es que pagó el coche y subió á su cuarto después de saludar á su amiga de un modo que le diese á entender que no tenía ni un minuto que perder.

Una vez libre de todo espionaje, Asia se puso á desenrollar los papeles con el mismo cuidado que emplean los sabios para desenrollar los palimpsestos. Después de haber leído aquellas instrucciones, juzgó conveniente transcribir las líneas destinadas á Luciano, y luego bajó á junto á la señora Nourrisson para dar orden de que le fuesen á buscar un coche al bulevar de los Italianos. Asia le preguntó entretanto las direcciones de la duquesa de Maufrigneuse y de la señora de Serizy, á la señora Nourrisson, que las sabía á causa de sus relaciones con las camareras.

Estas diversas correrías, estas minuciosas ocupaciones em-

plearon más de dos horas. La señora duquesa de Maufrigneuse, que vivía en el arrabal Saint-Honoré, hizo esperar una hora á la señora de Saint-Esteve, á pesar de que la camarera le había entregado á su ama una tarjeta en la cual Asia había escrito:

*«Para una cosa urgente relativa á Luciano.»*

A la primera mirada que Asia le dirigió á la duquesa, comprendió que su visita era intempestiva; así es que se excusó por haber turbado el reposo de la señora duquesa, pretextando el peligro que corría Luciano.

—¿Quién es usted?...—preguntó la duquesa de un modo descortés mirando de pies á cabeza á Asia, la cual podía pasar por una baronesa á los ojos de un Massol en la Conserjería, pero no en el salón del palacio Cadiñán.

—Señora duquesa, soy una tendera de ropa vieja; porque en estas circunstancias, siempre se dirige la gente á las mujeres cuya profesión descansa en una discreción absoluta. Nunca le he hecho traición á nadie, y Dios sabe cuántas damas me han confiado sus diamantes por un mes, pidiéndome en cambio alhajas falsas semejantes en un todo á las suyas.

—¿Tiene usted otro nombre diferente del que me ha dicho?—dijo la duquesa sonriéndose al recordar un hecho que le sugería esta pregunta.

—Sí, señora duquesa, soy la señora Saint-Esteve en las grandes ocasiones; pero en el comercio me llamo la señora Nourrisson.

—Bien, bien—respondió la duquesa cambiando de tono.

—Yo puedo prestar grandes servicios—dijo Asia—porque nosotras conocemos los secretos de los maridos lo mismo que los de las mujeres. Yo tengo muchos negocios con el señor de Marsay, á quien la señora duquesa...

—¡Basta! ¡basta!—exclamó la duquesa—ocupémonos de Luciano.

—Si la señora duquesa quiere salvarlo, será preciso que no pierda el tiempo en vestirse, lo cual le será tanto más fácil cuanto que no puede estar más guapa de lo que está en este momento. ¡Está usted hermosísima! ¡se lo juro! En fin, señora, no mande tampoco enganchar y venga conmigo en mi coche... Venga á casa de la señora de Serizy, si quiere evitar desgracias mayores, que pudiera serlo la muerte de ese querubín.

—¡Vamos! ¡ya estoy!—dijo la duquesa después de un momento de vacilación.—Entre las dos le daremos valor á Leontina.

No obstante la actividad verdaderamente infernal de aquella Dorina del presidio, daban las tres cuando entraba, con la duquesa de Maufrigneuse, en casa de la señora de Serizy, que vivía en la calle de la Chaussée-d'Antin. Pero una vez allí, gracias á la duquesa, no se perdió ni un momento. Las dos fueron recibidas en seguida por la condesa, á quien hallaron acostada en un diván en medio de un jardín perfumado por las flores más raras.

—Está bien—dijo Asia mirando en torno suyo;—nadie podrá escucharnos.

—¡Ah! querida mía, me muero. Veamos, Diana, ¿qué has hecho?—exclamó la condesa levantándose y cogiendo á la duquesa por los hombros, al mismo tiempo que rompía en abundante llanto.

—Vamos, Leontina, hay ocasiones en que las mujeres como nosotras no deben llorar, sino obrar—dijo la duquesa obligando á la condesa á sentarse.

Asia estudió á la condesa con aquella mirada propia de las viejas ladinas que escudriñan el alma de una mujer como el cirujano una llaga. La compañera de Jacobo Collín reconoció en ella las huellas del sentimiento más raro de las mujeres del mundo, del verdadero dolor, de ese dolor que hace surcos imborrables en el corazón y en el rostro. En su tocado no se notaba la menor coquetería! La condesa tenía entonces cuarenta y cinco años, y su peinador de muselina arrugado dejaba ver el cuerpo sin ningún atavío. Los ojos cercados de una faja negruzca, las mejillas tersas daban fe de sus copiosas lágrimas. El peinador no tenía cinturón y los bordados de la falda y de la camisa estaban arrugados por completo. Los cabellos, recogidos en un gorro de encaje y olvidados del peine desde veinticuatro horas antes, dejaban ver su pobreza y escasez. Leontina se había olvidado de ponerse los añadidos.

—Usted ama por la primera vez en su vida—le dijo silenciosamente Asia.

Entonces Leontina vió á Asia é hizo un movimiento de espanto.

—¿Quién es esta mujer, mi querida Diana?—le preguntó á la duquesa de Maufrigneuse.

—¿Quién quieres que sea más que una mujer adicta á Luciano y dispuesta á servirnos?

Asia había adivinado la verdad. La señora de Serizy, que pasó por ser una de las mujeres más ligeras del mundo, sintió durante diez años un gran afecto por el marqués de Aiglemont; pero desde la marcha del marqués á ultramar, se había enamorado locamente de Luciano y lo había arrancado de los brazos de la duquesa de Maufrigneuse, ignorando, como todo París, el amor de Luciano por Ester. En el gran mundo, un amor probado daña más la reputación de una mujer que diez aventuras secretas, y dos amores no hay que decir si dañarán. Sin embargo, como nadie contaba con la señora de Serizy, el historiador no podría garantizar su virtud teniendo ya estas dos manchas. Era una rubia de mediana estatura, que se conservaba como se conservan las rubias, es decir, que apenas representaba treinta años, y que era finita sin ser flaca; los pies, las manos y el cuerpo aristocráticos; graciosa y lista como una Ronquerolles y, por consiguiente, tan mala para las mujeres como buena para los hombres. Siempre se había visto libre de las críticas que habían herido á otra mujer, por su gran fortuna, por la posición elevada de su marido y por la de su hermano el marqués de Ronquerolles. Había tenido un gran mérito: en medio de su depravación, era franca y confesaba su culto por las costumbres de la Regencia. Ahora bien, á los cuarenta y dos años, aquella mujer, para quien los hombres habían sido hasta entonces agradables juguetes, había sentido al ver á Luciano un amor semejante al del barón de Nucingen por Ester y entonces había amado por primera vez en su vida, según acababa de decirle Asia. Estas transposiciones de juventud son más frecuentes de lo que parece en los parisienses y en las grandes damas, y causan las caídas inexplicables de algunas mujeres virtuosas en el momento en que llegan al puerto de los cuarenta años. La duquesa de Maufrigneuse era la misma confidenta de aquella pasión terrible y completa cuyos goces volvían loca é insaciable á Leontina.

Sabido es que el amor verdadero es implacable. El descubrimiento de una Ester había ido seguido de una de esas rupturas violentas en las que la rabia de la mujer llega hasta el asesinato, y luego de ese otro período de cobardías á que con tanta delicia se entrega el amor sincero. Hacía

ya un mes que la condesa habría dado diez años de su vida por volver á ver á Luciano durante ocho días, y había llegado por fin á aceptar la rivalidad de Ester en el momento en que corrió la voz de la detención de Luciano, en medio del paroxismo de su afecto, cual la trompeta del juicio final. La condesa había estado á punto de morir y su marido la veló en persona por temor á las revelaciones del delirio. Hacía ya veinticuatro horas que vivía con un puñal en el corazón, y, en medio de su fiebre, le decía á su marido: «Libra á Luciano y no viviré más que para ti».

—No se trata de poner ojos de carnero muerto, como dice la señora duquesa— exclamó la terrible Asia sacudiendo del brazo á la condesa.—Si quiere usted salvarle, es preciso no perder un momento. Es inocente, yo lo juro sobre los restos de mi madre.

—¡Oh! ¡sí! ¿verdad?—gritó la condesa mirando con bondad á la horrible comadre.

—Pero si el señor Camusot le *interroga mal*—dijo Asia, —con dos frases puede hacerlo aparecer culpable; mientras que si puede usted lograr que le dejen hablar con él un instante, no tiene más que entregarle este papel... y mañana está libre, yo lo garantizo... Sáquelo, sáquelo de ahí, usted que lo ha metido.

—¡Yo!

—Sí, usted. Ustedes las grandes damas no tienen nunca un céntimo, aunque sean millonarias. Cuando yo me permitía el lujo de tener hombres, llevaban los bolsillos repletos de oro. A mí me satisfacía su dicha. ¡Es tan grato ser á la vez madre y amante!... Vosotras dejáis morir de hambre á los que os aman, sin preocuparos de su situación. Ester no hacía frases, y á costa de la perdición de su cuerpo y de su alma dió el millón que le pedían á Luciano, y esto es lo que le ha puesto en la situación en que está.

—¡Pobrecilla! ¡ha hecho eso! ¡ya la amo!—dijo Leontina.

—¡Ah! ¡á buena hora!—dijo Asia con glacial ironía.

—Era muy guapa, pero ahora, angel mío, tú eres más guapa que ella... y el casamiento de Luciano con Clotilde está deshecho y nada puede reanudarle—le dijo en voz baja la duquesa á Leontina.

Los efectos de esta reflexión fueron tales en la condesa, que dejó de sufrir, se pasó las manos por la frente y se rejuveneció.

—Vamos, pequeña, levanta la patita y arriba—dijo Asia al ver aquella metamorfosis cuya causa adivinó.

—Pero si es preciso impedir ante todo que el señor Camusot interrogue á Luciano, lo mejor es ponerle dos letras y enviárselas por tu criado, Leontina—dijo la señora de Maufrigneuse.

—Entonces volvamos á mi cuarto—contestó la de Serizy.

He aquí lo que ocurría en el despacho del juez mientras que las protectoras de Luciano obedecían las órdenes dictadas por Jacobo Collín.

Los gendarmes transportaron al moribundo á una silla colocada enfrente de la ventana en el despacho del señor Camusot, el cual ocupaba su sillón. Coquart, con la pluma en la mano, se hallaba sentado ante una mesita á pocos pasos del juez.

La situación de los despachos de los jueces de instrucción no es cosa indiferente, y si no ha sido escogida con intención, hay que confesar que la casualidad ha tratado á la justicia como hermana. Los magistrados son como los pintores; necesitan la luz pura que viene del norte, pues el rostro de los criminales es un cuadro cuyo estudio debe ser constante; así es que casi todos los jueces de instrucción colocan sus mesas en la misma situación que había escogido Camusot, de modo que den la espalda á la luz y, por consiguiente, que la cara de los criminales quede expuesta á la mayor claridad. Al cabo de seis meses de ejercicio, ninguno deja de afectar un aire distraído é indiferente, cuando no lleva anteojos negros, mientras dura el interrogatorio. A un cambio repentino de cara observado por este medio y producido por una pregunta hecha á boca de jarro, fue á lo que se debió el descubrimiento del crimen cometido por Castaing, en el momento en que el juez iba á ponerlo en libertad por falta de pruebas, después de una larga deliberación con el fiscal general. Este pequeño detalle bastará para hacer comprender á todo el mundo cuán viva, interesante, curiosa, dramática y terrible es la lucha de una instrucción criminal, lucha sin testigos, pero siempre escrita. Dios sabe lo que queda en el papel de la escena más fríamente ardiente, en que los ojos, el acento, un estremecimiento del rostro, el más ligero tinte de colorido, es un peligro para aquella lucha semejante á la de los salvajes que se acechan para matarse. El juicio oral no es ya más que la ceniza del incendio.

—¿Cuáles son sus nombres verdaderos?—le preguntó Camusot á Jacobo Collín.

—Don Carlos Herrera, canónigo del cabildo real de Toledo, enviado secreto de Su Majestad Fernando VII.

Es preciso advertir aquí que Jacobo Collín hablaba muy mal el francés, tan mal, que sus respuestas eran á veces ininteligibles y había que rogarle que las repitiese. Los germanismos del señor de Nucingen abundan ya demasiado en esta obra para añadir á ellos otras frases difíciles de leer y que perjudicarían la rapidez del desenlace.

—¿Tiene usted documentos que prueben lo que usted dice?—le preguntó el juez.

—Sí, señor, un pasaporte, una carta de Su Majestad Católica que autoriza mi misión... Además, puede usted enviar en seguida á la embajada de España dos letras mías y verá cómo seré reclamado. Si necesita usted más pruebas, le escribiré á Su Eminencia el limosnero mayor de Francia, y no dudo que éste enviará en el acto á su secretario particular.

—¿Sigue usted pretendiendo hallarse moribundo?—dijo Camusot.—Si hubiese usted sentido verdaderamente los males de que se quejó al ser arrestado, ahora estaría muerto—le contestó el juez con ironía.

—Está usted juzgando el valor de un inocente y la fuerza de su temperamento—respondió el procesado con dulzura.

—¡Coquart! llame usted al médico y á un practicante. Nos veremos obligados á quitarle la ropa para examinar la señal que tiene usted en la espalda—dijo Camusot.

—Señor; estoy á su disposición.

El procesado le preguntó al juez si tendría la bondad de explicarle qué marca era aquella y por qué la buscaba en la espalda precisamente.

El juez esperaba esta pregunta.

—Se sospecha que es usted Jacobo Collín, forzado evadido, cuya audacia no recula ante nada... ni siquiera ante el sacrilegio—dijo el juez observando atentamente al procesado.

Jacobo Collín no tembló, no se ruborizó, sino que permaneció sereno y afectó un aire de curiosidad al mismo tiempo que miraba á Camusot.

—¡Señor! ¡yo un forzado!... ¡Que Dios y la orden á que pertenezco le perdonen su error! Dígame lo que tengo